

Georgina Alba González
Plantel Ricardo Flores Magón



Cotidianamente se nos presentan objetos, personas, hechos, que nos resultan agradables, que nos gustan. Por ejemplo, vemos un paisaje o la puesta del sol y nos producen agrado; de la misma manera, cuando vemos personas atractivas su presencia es agradable para nosotros. Cuando escuchamos una pieza musical de nuestra elección lo hacemos porque nos gusta, pues la música genera emociones que gozamos y por ello procuramos obtenerlas e incluso prolongarlas. A los objetos en los que se centran estas experiencias los denominamos *bellos*, entendiendo que son atractivos, agradables, bonitos, poseedores de belleza, y que no nos cansamos de verlos o escucharlos.

Podemos preguntarnos: ¿en qué consiste que dichos objetos, hechos o personas sean bellos? Los objetos bellos lo son debido a que tienen un atributo, a saber, *belleza* es un término cuya etimología –del griego antiguo– se relaciona con *aparecer*, *brillar* y *mirar* (Henckmann & Lotter, 1998, pág. 30).

Los antiguos griegos usaban la palabra *kalón* para referirse a lo que gusta, lo que suscita admiración y atrae la mirada (Eco, 2006, pág. 39). En nuestros días el término *kalón* se traduce como “bello”, y para los griegos de la antigüedad era un atributo del cuerpo y del alma humana, así como de la armonía del cosmos, de la poesía, de la

escultura e incluso de la composición retórica. Para los filósofos griegos la belleza tuvo un lugar importante en sus reflexiones. Desde entonces Platón sentó las bases de las dos concepciones más importantes de la belleza que se han elaborado en siglos: “la belleza como armonía y proporción de las partes, y la belleza como esplendor” (Eco, 2006, pág. 48).

En nuestros tiempos seguimos usando el término belleza como un atributo de las cosas, hechos o acciones que nos gustan. Cabe preguntarnos: ¿qué características de estos objetos, hechos y acciones les hacen ser bellos? ¿Por qué les llamamos bellos y no simplemente agradables? Puesto que el gusto que sentimos ante su presencia podría ser meramente subjetivo, es decir, causado por nuestros propios sentimientos, apreciaciones e ideas.

Cabe la posibilidad de que ante la presencia de una obra de arte considerada bella (por los expertos) resulte que no es de nuestro agrado; tal puede ser el caso de una pieza de música clásica de un reconocido compositor que nos deje indiferentes o aburridos y con deseos de escuchar alguna canción de géneros como pop o reggaetón, que los expertos en música considerarían de mala calidad. Entonces, tenemos que preguntarnos por qué la pieza de música clásica es bella y la canción de reggaetón no lo es.

La pregunta general es: ¿qué características generan belleza en los objetos que así se consideran, mientras que otros objetos que carecen de ellas se consideran feos? En otros términos: ¿en qué consiste que algo sea bello? Se han dado diferentes respuestas a esta pregunta a lo largo de la historia del pensamiento filosófico y artístico.

En un principio, los filósofos antiguos se interesaron por la belleza como atributo del ser y del cosmos. También los poetas como Homero y los escultores como Praxíteles, se interesaron por comprender la belleza y por expresarla en sus creaciones artísticas. En la *Ilíada*, Homero justifica la guerra de Troya por la “irresistible belleza de Helena”, a pesar de que ella misma provocó la guerra, puesto que para él lo bello consiste en la luminosidad, es decir lo que resplandece y deslumbra la vista. Praxíteles presentaba en sus esculturas una belleza ideal del cuerpo humano, efectuando una síntesis de cuerpos vivos en la que se expresa una belleza que armoniza alma y cuerpo (Eco, 2006, pág. 45).

De acuerdo con la mitología, el dios Zeus determinó las reglas que los antiguos griegos sostuvieron sobre la belleza expresadas en una armonía precisa y medible, en el orden que pone límites a la *hybris* (insolencia) y al caos (Eco, 2006, pág. 53).

Posteriormente, en la Edad Media, los pensadores que se ocuparon en comprender la belleza retoman ideas de los antiguos y las combinan con la doctrina cristiana, de manera que sostienen que la belleza del mundo que nos rodea es generada por Dios, pues ella es uno de los atributos divinos.

Después, en la filosofía moderna, se entiende que la belleza es producida por el ser humano a partir de su libre elección, como sucede en la producción de las obras de arte; y en esta época surge la estética como una disciplina filosófica autónoma que reflexiona sobre la belleza y el arte (Biosca, 2005, pág. 552).

¿Por qué es importante la belleza para la filosofía? Desde los inicios del pensamiento filosófico la belleza se concebía como un elemento que daba orden, medida y racionalidad

al mundo a nuestro alrededor. El pensamiento posterior a la antigüedad griega entenderá la belleza desde diversos puntos de vista.

¿Qué concepciones de belleza desarrolló la filosofía a lo largo de la historia? De acuerdo con Henckmann y Lotter (1998), en la Edad Media se piensa lo bello desde una visión cristiana. Se entiende la objetividad de lo bello y a Dios como su causa. La belleza sensible es reflejo de la belleza de Dios y el mundo y su belleza son causados por Dios. El arte de la escultura y pintura en las catedrales góticas es expresión de la teología de la belleza medieval.

El Renacimiento en Italia concibe al arte como el lugar de la belleza por excelencia, pues en él se presentan la perfección y la armonía del mundo. Para los pensadores y artistas renacentistas, el arte se propone trascender la visión superficial e ir a lo bello originario, expresando la belleza ideal en atributos como la unidad, el orden, la simetría y la claridad.

En la Ilustración el concepto de belleza se une al de subjetividad del ser humano; así por ejemplo, en Kant las condiciones del juicio estético dan las bases para la autonomía del arte.

En la Edad Moderna algunos filósofos, como Hegel, entienden a la belleza como unidad de idea y apariencia, de contenido y forma, siendo un ejemplo de esta conjunción el arte griego que presenta la figura humana perfecta como apariencia sensible de lo divino. De acuerdo con Hegel la belleza en la antigüedad griega es norma absoluta.

En tiempos más recientes, el concepto de belleza es criticado por diferentes pensadores, como Nietzsche, y progresivamente se manifiesta como inapropiado para el arte y para representar la vida. Así, en lugar de la belleza se toman en cuenta las categorías de lo sublime, lo cómico, lo grotesco e incluso lo feo, llegando lo bello a desaparecer parcialmente del lugar del pensamiento que le había sido dado en la reflexión estético-filosófica.

En conclusión, la belleza es algo con lo que podemos convivir cotidianamente bajo distintas presentaciones en el mundo que nos rodea. A lo largo de la historia se ha generado una diversidad de concepciones acerca de la belleza. Lo bello puede encontrarse en cualquier elemento del mundo, y cada quien tiene su propia apreciación de la belleza, reflejada en los gustos. Ello explica la dificultad al tratar de encontrar una definición única de belleza.

El concepto de belleza ha experimentado cambios a lo largo de la historia del pensamiento filosófico y artístico, llegando incluso a diluirse o desaparecer en nuestros días. Es decir, en tiempos pasados (Grecia antigua, Renacimiento) la belleza fue importante para filósofos y artistas, en el presente su importancia ha disminuido o desaparecido en la filosofía y en el arte contemporáneo.

BIBLIOGRAFÍA

- BIOSCA, ANNA (Editora) (2005). Atlas universal de filosofía. Barcelona: Océano.
- ECO, UMBERTO (Encargado) (2006). Historia de la belleza. Traducción: María Pons Irazazábal. Barcelona: Lumen.
- HENCKMANN, WOLHART & LOTTER, KONRAD (Editores) (1998). Diccionario de Estética. Traducción de Daniel Gamper y Begonia Sáez. Barcelona: Crítica.